

mistas de nuestros días, es más compleja y rica. Tampoco tenía Forment por qué explayarse más aquí sobre el particular, repitiendo cosas que ya tenía dichas en otros libros.

Como texto base del opúsculo se transcribe el de Carlos Boyer (Roma, 1970), con sus fuentes, y registrando las variantes de las ediciones críticas de Roland-Gosselin, Baur y Leonina. La traducción es muy ceñida al texto latino y muy lograda tipográficamente.

Hay alguna leve incorrección, que anoto en orden a futuras ediciones que sin duda tendrá.

En página 147, línea 5, dice: «no se alcance el error», cuando el texto latino pide: «para no incurrir en error». En página 149, penúltima línea, traduce «quod quid erat esse» por «lo que el que era un ser», que resulta ininteligible. En página 155, línea 16, traduce «hoc aliquid» por «algo esto». En página 161, línea 4, traduce «Socrates nihil aliud est» por «Sócrates nada otro es» (= no es otra cosa). Con cierta incidencia traduce el plural neutro «alia», «ea» por plural masculino: «otros», «aque-llos» (págs. 171, 175, 193, 197).

La filosofía española, y muy concretamente el pujante grupo tomista de Barcelona, espera mucho de este excelente profesor y prolífico escritor.

VICTORINO RODRÍGUEZ, O. P.

André Frossard: RETRATO DE JUAN PABLO II (*)

Pocas personas, si hay alguna, han penetrado tanto y tan profundamente en la personalidad inmensa de Juan Pablo II como el autor de este retrato, el académico francés, antiguo comunista, André Frossard, autor, asimismo, de un libro de entrevistas con el papa (*No tengáis miedo. Diálogo con Juan Pablo II*, 1982), en el que éste, pudiéramos decir, se abrió al periodista —Frossard lo es, y de los más finos y penetrantes— contestando a sus preguntas sin inhibición alguna. Tanto en este libro como en el mencionado de 1982, el lector saca una conclusión evidente: Juan Pablo II parece haber encontrado en Frossard un interlocutor de toda su confianza. De ahí que no exista más reserva que la derivada del altísimo cargo que pesa sobre el papa, una reserva que el propio Frossard califica de «misterio». «El papa es, por supuesto, sucesor de Pedro. La fórmula es excelente y sugiere que el papa suceda a Pedro directamente; y al papa —a todo papa— se le aplican las palabras del Señor: Tú eres Pedro. Pero —sigue diciendo Frossard— mi visión de la vida, voluntariamente infantil, me hace las cosas más simples. Un papa se viste de blanco, color del trigo candeal. Se le muestra a una multitud que venera en él, no al trigo candeal ni a su persona, sino a la institución divina, punto de partida de los sacramentos con los que somos alimentados; da testimonio de una presencia que per-

(*) Ed. Planeta, documento 254, Barcelona, 1989.

manece escondida para nosotros, un papa es un misterio, un papa es una especie de hostia. Que, a veces, rompemos».

Pero, sentado esto, esta especie de muro rodeando al misterio inherente al representante de Cristo en la tierra, los recuerdos, anécdotas y reflexiones, recogidas por el autor francés en el curso de sus numerosos encuentros con el pontífice, desvelan la tremenda personalidad de Juan Pablo II: rica, profunda, humilde, valerosa, humanísima. En él, las virtudes humanas se hacen, a nuestros ojos mismos, sobrenaturales. Pocas personas habrá en las que la unidad de vida se trasluzca tanto a tantas gentes diversísimas en razas, naciones, incluso en creencias.

Y esto mismo es lo que nos dice Frossard luego de escribir —breve y concisamente, con estilo delicioso, lleno de una bienhumorada ironía propia del intelectual, del académico— sobre muchas de las características del papa (inteligencia, sabiduría —que no son lo mismo—, bondad, coraje, etc.). Y, así, nos dice: «Lo que más me sorprende en él es la extraordinaria unidad de su persona. No existe diferencia entre lo que piensa y en lo que es, en lo que cree y en lo que dice, y es esta cohesión interior literalmente nuclear lo que le hace resplandecer. Es el mismo en las gradas de San Pedro o al otro lado de la mesa. No hay un Juan Pablo II público y un Juan Pablo II privado, por la simple razón de que no tiene vida privada. Prodigiosamente atento a la voluntad de Dios, preocupado por la justicia hasta el escrupulo, enemigo de la discordia, se borra ante toda verdad, soporta la injusticia sin quejarse, y la virtud de la esperanza, que practica por obediencia a la virtud de la fe, corrige en él las conclusiones negativas a las que podría llevarle su extrema lucidez».

Su carga aplastaría a cualquier hombre y su valor en llevarla, cumpliendo el deber hasta el extremo, es realmente heroico. «Dios —dijo una vez a los que le instaban al descanso— no me va a pedir cuentas de mis descansos sino de si he vivido en toda ocasión heroicamente».

En breves recensiones, que no capítulos, Frossard destaca el retrato de Juan Pablo II. París, Roma, Castelgandolfo, El Coliseo, Los Dolomitas, Ravena, Montreal..., enmarcan las palabras, los gestos, actitudes y obras del papa. El acierto en escoger la nota más característica en cada episodio me parece estupendo. En este pequeño libro —de 190 páginas de letra nada menuda— Frossard, según pienso, nos da la mejor biografía de Juan Pablo II escrita hasta hoy. El «esprit» francés, el poder de síntesis del escritor ya famoso acrecientan en este libro su fama y su agudeza. También su catolicismo sin complejos; su amor a la Santa Madre Iglesia; y, por supuesto, a su amigo el papa. Pues con un amor de amistad, lleno de respeto al misterio, como antes quedó indicado, ha escrito Frossard este luminoso libro, regalo para todo lector y, muchísimo más, para los que queremos al papa con todo el corazón.

JAVIER NAGORE YÁRNOZ